

Pivotismos y neofármacos

por **Francisco Sala Merchán**

Con el paso del tiempo se van escuchando y leyendo cada vez más frases como: “*las dosis [del fármaco] usadas en el ensayo pivotal...*”, “*el estudio pivotal duró 41 semanas e incluyó 782 pacientes...*”, “*los costos estimados de ensayos pivota-les...*”, “*hemos analizado los resultados del estudio pivotal...*”, etcétera, algu- nas en fuentes de referencia como el Vademécum o los informes de la AEMPS. Como el sagaz lector habrá detectado inmediatamente, todas ellas pivotan alre- dedor de la palabra (adjetivo) pivotal.

Si la comunicación es oral, se observa además una pintoresca variedad en la pronunciación de dicho adjetivo. Porque hay quienes lo pronuncian como está escrito, es decir, como palabra aguda al no llevar tilde, pero otros la imaginan (la tilde) y la hacen llana (como la mayoría de las palabras en español); finalmente hay un grupo minoritario que la esdrújulan al estilo inglés, incluso añadiendo un deje que le da un aire mucho más presuntuoso.

En cualquiera de los casos anteriores, lo que el comunicador quiere comunicar es que el ensayo o estudio clínico (de fase III) aludido fue el **primero** en que se demostró la inocuidad y la eficacia de un medicamento en una indicación dada, que son las condiciones necesarias para su registro o **aprobación** como nuevo medicamento. Y lo que ha intentado hacer es “traducir” la expresión inglesa *pivotal trial* (or *study*).

Consideremos que la palabra inglesa *pivotal* proviene de la francesa *pivot*, igual que las españolas *pivote*, *pivotante*, *pivotar...* y *píbot*. Todas ellas se refieren a algo (o alguien) que sirve de apoyo, eje o centro, sobre lo que otro elemento puede girar u oscilar. Los aficionados al baloncesto no tienen dificultad en reconocer lo que es un *píbot* y su *pie de pivote*, obviamente aquel sobre el que se *pivota* (por cierto, que en el baloncesto de la NBA al *píbot* se le denomina *center*). Pero claro, elegir el término *pivotal* para calificar ese tipo de ensayo clínico supone

apostar por un **neologismo**... Tal vez acabe incorporándose a nuestros diccionarios de lengua española y, de hecho, ya está incluido en algunos diccionarios especializados (1), pero todavía se nos antoja innecesario.

El Profesor Antonio García advertía el problema en esta misma revista y ofrecía varias alternativas hace ya catorce años (2). Otros autores también las han considerado (1, 3); y casi todos recomiendan evitar el anglicismo *pivotal*. Entre las posibilidades están: **capital**, **central**, **principal**, **esencial**, **fundamental**, **nuclear**, **primordial**, **clave**, **crítico**, **decisivo**, **determinante**... incluso ¡**básico**!

Por supuesto que me uno a ellos en su intento de evitar el neologismo. No obstante, deberíamos recordar que la calificación de *pivotal* para un ensayo o estudio sobre un medicamento se debe a que aquel esté vinculado a la aprobación o registro farmacéutico de este. Se podría hacer explícita dicha característica, pero quizás haría demasiado larga la expresión, por ejemplo: ‘ensayo decisivo (clave, determinante) **para su aprobación**’. También podría dejarse sobreentendido dicho carácter, aunque me inclinaría por usar términos que contengan una cierta connotación temporal como son los adjetivos **principal** o **primordial**, ya que, como hemos comentado, esos estudios son los **primeros** que demostraron la inocuidad y la eficacia del medicamento.

Y tanta combinación “**pr**” me trae al periodo de exámenes en el que estamos (muy raros este año), donde vuelvo a notar en los escritos de mis estudiantes de Farmacología Básica el poder *contagioso* del “**propanolol**”. Tienen buena excusa, porque fuentes supuestamente prestigiosas como son el examen MIR, el Vademécum, o la mismísima AEMPS ya alternan sin pudor el uso del término propanolol con el correcto **propranolol**. De hecho, hasta mi procesador de textos marca que propranolol es incorrecto y propanolol correcto, qué cosas. Y es que la presencia de dos sílabas contiguas con erre tras consonante siempre resulta complicada, en cualquier idioma. Por eso, sigue siendo más frecuente “procastinar de motu propio el uso de ipratropio (ipatropio) o propanolol”, que “procrastinar *motu proprio* el uso de **ipratropio** o propranolol”, que es lo adecuado, por cacofónico que suene.

En cualquier caso, y para acabar con un poco de humor, los estudiantes también sacan en sus exámenes al creativo que llevan dentro y dejan constancia de nuevos y novedosos (nombres de) fármacos. Ahí van algunos en esta nueva minisección que podríamos bautizar como ‘*Farmacocretas*’:

Alelolol, nuevo betabloqueante cardioselectivo con efectos cromosómicos (más completo que atenolol).

Ciclofosfatina, antineoplásico citotóxico que no llegó a comercializarse porque dejaba demasiado hecho polvo al paciente (peor que ciclofosfamida).

Por último, la pandemia y el confinamiento de este curso ha hecho necesario el desarrollo de una vía de administración de fármacos más apropiada por su carácter familiar. Se trata de la **vía parental** en la que el fármaco se inyecta a los pacientes por sus respectivos padres o madres, y siempre con mucho cariño.

Referencias

1. María Verónica Saladrigas Isenring *Diccionario inglés-español de investigación clínica*. Versión 1.04; enero de 2019.
2. Antonio G. García. *Ensayo Clínico Pivotal*. AFT (2004) 4, 56.
3. Fernando A. Navarro *Diccionario de dudas y dificultades de traducción del inglés médico (3.ª edición)*. Versión 3.15; marzo de 2020.

Poemas para la crisis viral

por **Antonio García García**

El profesor Francisco Martos Crespo me envió, hace unas semanas, un largo centenar de poemas comentados por los alumnos de tercer curso de medicina, en el marco de la asignatura optativa “Farmacología Social”. Me comenta el doctor Martos, desde su Departamento de Farmacología, en Medicina de la Universidad de Málaga, lo siguiente: <<Para mi lo de la poesía comenzó como una actividad para dar un poco de alegría a los estudiantes, que estaban un poco alicaídos; al final estoy muy contento con el resultado.>> Espero que esta iniciativa, surgida del confinamiento viral que hemos sufrido, continúe y se potencie.

Es importante, y mucho, que nos esforcemos por incrementar la formación humanística de nuestros estudiantes futuros médicos. La crisis del COVID-19 ha servido para darnos cuenta de lo importante que es la cordial y respetuosa relación médico-paciente, de la que tanto habló y escribió el profesor Pedro Laín Entralgo. Esa inquietud por recuperar los valores de la relación médico-paciente, que se ha desdibujado tanto en los últimos tiempos de consultas masivas y abusiva tecnología, tenía que tener por fuerza un punto de inflexión. Es plausible que esta pandemia permita visualizar ese punto de inflexión y que la cordialidad, el esfuerzo y la solidaridad mostrada por el mundo sanitario, restituya la norma de esa relación, basada en el respeto mutuo y en el conocimiento médico.

Algunas de las poesías comentadas por los estudiantes malagueños han coincidido con algunas de las comentadas en los tres tomos del “Recetario Poético de los Estudiantes de Medicina de la UAM”, publicados en los últimos años con el apoyo de la Fundación Teófilo Hernando. Por ejemplo, la afamada “*Caminante son tus huellas / el camino y nada más...*” de don Antonio Machado, comentadas

certemente por las alumnas del profesor Martos, Concepción Caparrós y María Cristina Astorga que dicen que con esfuerzo, el caminante se irá abriendo paso en el pedregal del camino. O el maravilloso poema de Juan Ramón Jiménez quien, a modo del último adiós, cantó así: <<Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando.>>, comentado con gran sensibilidad por el alumno Francisco José Jiménez. O el afamado poema de Mario Benedetti “No te rinda”, comentado por varios estudiantes malagueños. Hay otros poemas de Rubén Darío, Gustavo Adolfo Bécquer, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Miguel Hernández, Fernando Pessoa, José de Espronceda, Miguel de Unamuno, Gabriel Celaya, Pablo Neruda, Gloria Fuertes, Francisco de Quevedo o Walt Whitman. Y termina el poemario con el texto de Jesús la Buenaventura (Mateo 5,3-12). Magnífico. Enhorabuena, profesor Francisco Martos Crespo. Que cunda el ejemplo en las otras treinta facultades de medicina españolas.

Antonio G. García
agg@uam.es

¡Oh Capitán, mi Capitán!

por **Antonio García García**

Este poema de Walt Whitman se recoge en el “Recetario Poético de los Estudiantes de Medicina de la UAM” volumen I páginas 236-238, en edición no venal de 2017, apoyada por la Fundación Teófilo Hernando (don Arturo García de Diego) y el Decanato de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, cuando el decano era el profesor Juan Antonio Vargas. La reproduzco aquí con autorización de la autora del comentario a esta poesía, doña Estrella García de Diego:

El poema que nos ocupa pertenece al norteamericano Walt Whitman (1819-1892), considerado el padre del verso libre, y se enmarca dentro del conjunto de cuatro poemas *Memories of president Lincoln*, que escribió como homenaje póstumo a Abraham Lincoln tras su asesinato. Whitman trabajó como periodista, profesor, empleado del gobierno y enfermero voluntario durante la Guerra Civil estadounidense, suceso que le marcó profundamente. Su obra maestra, *Hojas de hierba*, sería publicada en 1855, aunque el poeta la modificaría innumerables veces a lo largo de su vida.

Cambiamos de escenario. En primer plano, un alumno ha comenzado la lectura en voz alta de un manual para, según se escucha, “medir la perfección de la poesía”: «Entender

la poesía, por el Doctor J. Evans, doctor en Filosofía. Para entender la poesía (...)». Como contraste, quien había negado la capacidad de “medir” la poesía y el arte, el profesor John Keating (Robin Williams), está recogiendo sus cosas en la habitación contigua. Se marcha para siempre tras el terrible suceso...

Keating comprende y se dispone a abandonar su empleo y a sus alumnos, pero una música que comienza a sonar nos va inundando el alma y nos anuncia la valentía de lo que va a acontecer. Todd se levanta, se yergue sobre su pupitre y recita: «¡Oh capitán! ¡Mi capitán!» El señor Nolan, sustituto de Keating, grita enfurecido, pero ya no puede detener la corriente; los compañeros se enarbolan sobre sus pupitres con miradas que rebosan orgullo y emoción, «¡Oh capitán! ¡Mi capitán!»

¡Oh, capitán!, ¡mi capitán!, nuestro terrible viaje
ha terminado,

el barco ha sobrevivido a todos los escollos,

hemos ganado el premio que anhelábamos,

el puerto está cerca, oigo las campanas, el
pueblo entero regocijado,

mientras sus ojos siguen firme la quilla, la
audaz y soberbia nave.

Mas, ¡oh corazón!, ¡corazón!, ¡corazón!

¡oh rojas gotas que caen,

allí donde mi capitán yace, frío y muerto!

¡Oh, capitán!, ¡mi capitán!, levántate y escucha
las campanas,

levántate, por ti se ha izado la bandera, por ti
vibra el clarín,

para ti ramilletes y guirnaldas con cintas,

para ti multitudes en las playas,

Lo que aquí se ha intentado reflejar es la escena final de la película "El Club de los poetas muertos" (Peter Weir, 1989). La acción se sitúa en un elitista y estricto colegio de Nueva Inglaterra (EE. UU), donde un grupo de alumnos descubrirá la poesía, el significado del *carpe diem* (aprovechar el momento) y la importancia vital de luchar por alcanzar los sueños, gracias a un excéntrico profesor, John Keating, que despierta sus mentes por medio de métodos poco convencionales. El grupo constituirá el "Club de los poetas muertos", algunos de cuyos lemas se basarán en el *Carpe Diem* o nuestro *Oh capitán, mi capitán*.

por ti clama la muchedumbre, a ti se vuelven
los rostros ansiosos:

¡Ven, capitán! ¡Querido padre!

¡Que mi brazo pase por debajo de tu cabeza!

Debe ser un sueño que yazcas sobre el puente,
derribado, frío y muerto.

Mi capitán no contesta, sus labios están pálidos
y no se mueven,

mi padre no siente mi brazo, no tiene pulso ni
voluntad,

la nave, sana y salva, ha anclado, su viaje ha
concluido,

de vuelta de su espantoso viaje, la victoriosa
nave entra en el puerto.

¡Oh playas, alegros! ¡Sonad campanas!

Mas yo, con tristes pasos,

recorro el puente donde mi capitán yace,

frío y muerto.

No sé si todos tenemos un Maestro (sí, con mayúscula), quizá haya quien tenga más de uno (padres, profesores, alguien que se nos cruzó en el camino) y, por mucho que la vida y el tiempo avancen imparables, nunca debemos olvidar y honrar a quien nos enseñó el camino (o la posibilidad de cambiar de camino) y nos llevó a buen puerto. La vida continúa y, aunque el Maestro se haya ido, queda la labor por él realizada, una puerta abierta para seguir sus enseñanzas (*la nave, sana y salva, ha anclado, su viaje ha concluido, de vuelta de su espantoso viaje, la victoriosa nave entra en el puerto*).